



GÜELFOS Y GIBELINOS

De MIGUEL DE UNAMUNO

(PARA LA NACION)
SALAMANCA, 1920

Eso de la dictadura del proletariado...; Proletariado? Bueno; tengamos en cuenta que hoy ya proletario no quiere decir el que ocupa una cierta posición económica, el que tiene mucha prole y sólo sus dos brazos para mantenerla, sino el que profesa ciertas opiniones políticas aunque ni tenga prole ni necesite trabajar para mantenerse.

Eso de la dictadura del proletariado ha vuelto a recrudecer el viejo pleito entre el liberalismo, que predica el respeto a los derechos del hombre, a las libertades individuales que pone por encima de la voluntad general, y la democracia, que predica la voluntad del pueblo, del «demo», como ley suprema. «Demo» o pueblo que abusivamente se reduce a la mayoría o aun a la turba, a la masa inorgánica e informe. El liberalismo va a parar en anarquismo y el democratismo en sindicalismo y comunismo.

¿Cómo, pues,—se dirá—hay anarquistas comunistas? Lo mismo que hay liberales demócratas y demócratas liberales; en virtud del principio de la concordia de los opuestos. Las contrapuestas posiciones extremas se completan. Toda la dialéctica política vive de la concordancia de las oposiciones.

Ernesto Renan, que gustaba de discutir dialécticamente, en el cap. XXIV del libro IV de su «Historia del pueblo de Israel» nos dice: «El movimiento del mundo es la resultante del paralelogramo de dos fuerzas: el liberalismo de una parte y el socialismo de otra—el liberalismo de origen griego, y el socialismo de origen hebreo—el liberalismo empujando al mayor desarrollo humano; el socialismo teniendo ante todo en cuenta la justicia entendida de una manera estricta y de la dicha del mayor número sacrificada a menudo en la realidad a las necesidades de la civilización y del estado». Y en el cap. XIV del libro IX de la misma obra, dice: «La política lleva consigo, de una manera o de otra, la desigualdad de las clases. El judío es demócrata por naturaleza; tiene el gusto de la igualdad; no quiere a la fuerza armada; no admite otro mérito que la santidad».

Parécenos que en estos pasajes Renan se confunde entre liberalismo, democracia y socialismo. Dice primero que el griego es liberal y el judío socialista y luego que éste es demócrata. Y sin embargo, nadie más demócrata que el griego liberal. El espejo y dechado de las democracias fue la Atenas de Pericles, la que éste describió en su inmortal discurso en elogio fúnebre de los muertos en la guerra del Peloponeso, discurso político que es el más grande que se conoce.

Aristóteles definió al hombre diciendo que es un animal político, esto es, civil. Y al griego, o al ateniense más bien, le cuadraba perfectamente esa definición, aunque no acaso al bár-

baro. El ateniense era un animal político. No era hombre de casa, sino más bien de la calle, o mejor aun del «agora» de la plaza pública. Su régimen era el del cabildo abierto. Discutía en público todo lo público y la libertad que más apreciaba era la de poder criticar y juzgar públicamente al que mandaba. La mujer cuidaba en tanto de la casa. Y hasta en los tiempos de su peor servidumbre, cuando se supone que San Pablo visitó Atenas, dice el libro de los «Hechos de los Apóstoles» (cap. XVII v. 21) que los atenienses y sus huéspedes extranjeros no se ocupaban en otra cosa que en decir u oír novedades y en juzgarlas.

La «parresia», la franqueza, el decir todo, era lo que más apreciaba el ateniense. Su interés era discutir y juzgar y votar los intereses del común—«coinoón»—de la «res pública», de la cosa pública. Su mayor objeción contra el gobierno absoluto no era que gobernase mal, sino que gobernase en secreto, que no diera razón pública de sus actos. Repugnaba acaso más el despotismo, el régimen de secreto, que la tiranía, el de violencia. Por nuestra parte preferimos también que nos maltraten, dándonos cínicamente la razón del maltrato, como a vencidos, que no el que se nos cuida con la solicitud de un pastor a sus ovejas—a las que ordeña, y esquila y se las come—pero sin darnos cuenta del cuidado con que nos trate.

Democracia, lo hemos dicho muchas veces, es para nosotros ante todo y sobre todo, publicidad. Lo que más se opone a ella es el régimen de clandestinidad, es la diplomacia secreta. La luz basta para sanear a un pueblo. No hay microbicida como el sol. Y si «demo» es pueblo, lo democrático es lo público. Que es a la vez lo noble e íntimamente popular. Ahora que pueblo no es masa, no es turba. El pueblo es algo orgánico y organizado. No discute y juzga y vota sino lo organizado. La turba ni tiene lenguaje articulado; grita y no dice nada. A lo más da vivas y muéras y canta himnos. Lo que no es decir nada.

Pericles en su discurso inmortal dijo que se llamaba democracia la de Atenas porque su gobierno no era para los pocos sino para los más. Pero éstos más lo que pedían era que se garantizase el libre juego de la actividad individual, era el respeto a las libertades del individuo. El pueblo, el «demo», los más, propendían más bien al anarquismo. Aquel cínico señorito ático que fue Alcibiades, cuando excitaba a los laodemonios, enemigos de su patria, a que fuesen contra ella, les decía que se llama pueblo—«demo»—a todo lo que se opone al que ejerce el poder público, al dinasta. Y no le faltaba razón.

Pero aquella democracia ateniense, espejo y dechado de las demás, nació en una pequeña ciudad. Como siglos después ocurrió en la nueva Atenas, en Florencia. Alfredo Oriani en su hermosísima obra «La Lotta politica in Italia» decía del Dante que «es el más grande ciudadano de todos los siglos y su patria no es todavía más que su ciudad».

Y este mismo Oriani, en ese libro preñado de enseñanzas, de sugestio-

nes y de bellezas hablando de la libertad de los comunes italianos escribe: «El pueblo es, pues, una aristocracia burguesa formada por encima de la muchedumbre, por concepción de la muchedumbre misma. Todos los estados comunales italianos del tiempo prueban abundantemente tal forma de derecho electoral, pero esta usurpación del pueblo es tan aceptada por la muchedumbre que pasa inadvertida y los primeros años de la era consular hasta 1133 representan la edad de oro en la historia italiana; todo se hace en público por el público; muchedumbre y pueblo, representado y representante, se confunden en una sola idea y en una misma voluntad... «En público y por el público, notémoslo bien, porque eso es democracia».

Pero como ahora entre liberales y demócratas, entre anarquistas y socialistas, entre mencheviques y bolcheviques, entre mayoritarios y minoritarios... en la Italia medioeval era grandísima la confusión entre güelfos y gibelinos, ni hay otro medio de distinguirlos que negativamente. Había quien era güelfo en una ciudad y gibelino en otra. Y eran blancos o negros unos u otros.

¿Qué nos dice Oriani de estos dos partidos, blancos y colorados, como si dijésemos, o unitarios y federales? Oigámosle.

«Güelfos y gibelinos, irreconciliblemente enemigos y recíprocamente invencibles, no son más que dos formas del mismo hecho y dos momentos de la misma idea. Los unos representan una democracia mal adestrada en las armas aunque hábil para el gobierno, avara, enemiga de toda grandeza individual y de toda libertad intelectual por rabioso sentimiento de igualdad; los otros son una aristocracia armada, pródiga, altanera de libertad legal, arcaica en viejas fórmulas y por ende incapaz de comprender los intereses móviles y múltiples del pueblo. La historia, imponiéndoles un combate secular y sin victoria, obtiene de los güelfos el progreso, la riqueza, la igualdad, la democracia; de los gibelinos el genio, el carácter, la libertad...»

Las victorias alternadas de los dos partidos consagran todo el progreso obtenido por el vencido antes de la derrota; la plebe, insondable fondo en que ambas sectas cobran fuerza, acoge a todos los caídos y se alza con todos los surgientes; sus individuos sin nombre se hacen ciudadanos combatiendo en la ciudad por la ciudad; el partido es escuela de guerra, de diplomacia, de gobierno, de viajes, de igualdad, de libertad, de nacionalidad, de italianidad. Mientras el palacio del grande amenazando la casa del burgués protege el turgurio del pobre, la casa del mercader atrae nobles y plebeyos; el dinero y el poder, el medio y el fin de la guerra disciplinan y avicinan a todos los que querrian diverger. Cuando triunfan los güelfos, artes y oficios redoblan la masa del pueblo oficial; cuando prevalecen los gibelinos las artes menores, los más viles oficios, las industrias más despreciadas, el pueblo en juto, los Ciompi, invaden la escena y conquistan puesto en ella.»

Y la historia se repite.